Experiencia eurocomunista en México

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO

En 1921, Lenin decía que la crítica entre la izquierda no sólo era válida sino necesaria para su fortalecimiento, y en cambio, contra la derecha era necesario hacer uso de los ataques; se debía ser implacable. Por ello decimos que ante quienes afirman que no es el momento de criticar a la izquierda está la posición de esa parte de la izquierda que señala que no es el momento de atacar a la burguesía.

Este trabajo es una crítica fraternal a un sector de la izquierda mexicana que después de suscribir por años posiciones propias del reformismo burgués se ha radicalizado hasta acercarse mucho a la realidad y a las demandas concretas e históricas de los trabajadores del país. Nuestra crítica se basa en los documentos y declaraciones oficiales tanto del llamado eurocomunismo —punto de partida—, como del Partido Comunista Mexicano —objeto principal de nuestro análisis. Se da por supuesto que dichos documentos y declaraciones representan el marco de referencia para la acción de quienes los han hecho suyos —por ello se juzgan oficiales. Asimismo —importa aclararlo—, las citas que se han tomado no están fuera de contexto sino que representan, bien la articulación ideológica de los organismos considerados, bien algunas de las sutiles contradicciones del discurso de éstos.

Se ha dicho, y con razón, que el eurocomunismo es una corriente política también adoptada por partidos comunistas de países fuera de Europa, como es el caso de Japón y de Australia, para mencionar algunos ejemplos. Hablar de eurocomunismo en México podría parecer un mero ejercicio intelectual y político, particularmente porque sus representantes más conspicuos han defendido sus proposiciones como válidas exclusivamente para los países capitalistas avanzados, y nuestro país dista mucho de haber alcanzado un alto grado de desarrollo.

Sin embargo, en México son varias las agrupaciones políticas y no pocos intelectuales los que sostienen, de unos años a la fecha, los postulados fundamentales del eurocomunismo o sus premisas teóricas aunque hayan arribado a conclusiones ligeramente distintas. El eurocomunismo ha calado hondo entre ciertos medios intelectuales, aunque en estos no se reconozca

la paternidad de los conceptos ni la lógica en que han sido articulados; así, los principios de la corriente que ahora nos ocupa han servido para algunos como justificación "marxista" de importantes esfuerzos por desviar a los trabajadores de sus demandas de clase hacia un colaboracionismo obvio con el gobierno en turno y con muy específicos aparatos de control del Estado mexicano, como por ejemplo el Congreso del Trabajo, para mencionar uno de los más importantes.

Quizá la elaboración más acabada y más parecida al eurocomunismo sea la del Partido Comunista Mexicano, pero no es el único en el aspecto político. Otros, sin postular el socialismo como objetivo, parecen nutrirse de las principales proposiciones eurocomunistas que rebasan con mucho los viejos y acartonados planteamientos de lo que bien pudiera llamarse el marxismo victoriano.

En este sentido, el estudio del eurocomunismo no es precisamente inocente, ya que, aunque los eurocomunistas no se lo hayan propuesto, sus postulados más relevantes han servido de base para que algunos ideólogos del régimen y del sistema justifiquen sus posiciones y tareas mediatizadas. El eurocomunismo, por éstas y otras muchas razones, y no en balde se ha escrito tanto sobre él, es tema de discusión en nuestro medio, particularmente entre quienes estamos interesados en el socialismo como opción necesaria e indispensable para superar las condiciones de injusticia y de explotación que privan en la región latinoamericana.

Me atrevería a sugerir que los postulados fundamentales del eurocomunismo —aparte de aquellos críticos al llamado socialismo real— giran en torno a la crisis del capitalismo, a la caracterización de este sistema en su fase actual, a la naturaleza del Estado y a la estrategia y las tácticas del movimiento obrero y sus aliados hacia el socialismo, y que sólo son válidas en los países de capitalismo avanzado y no para los subdesarrollados, como explícitamente lo ha dicho Santiago Carrillo.

En la conferencia de los partidos comunistas y obreros de Europa (Berlín, junio de 1976) se hizo referencia a la crisis general del sistema capitalista que se expresa en lo económico, lo social, lo político y lo moral, con modalidades distintas en varios países. Como esta crisis corresponde a la fase del capitalismo monopolista de Estado (CME), es decir a las condiciones de una economía dominada por los monopolios capitalistas, afecta entonces no sólo a los obreros y a los campesinos sino también a amplios sectores de la pequeña y mediana burguesía en los países de capitalismo avanzado y a los países denominados en la conferencia como países "en vías de desarrollo".

En este mismo sentido se han pronunciado Carrillo, Berlinguer y Marchais en el encuentro de Madrid de principios de marzo de 1977; además afirmaron que la crisis del sistema capitalista llama, con más fuerza que nunca, a desarrollar la democracia y a avanzar hacia el socialismo, lo que significa luchar por una alternativa positiva a la crisis y derrocar las orientaciones reaccionarias.

Para ello, proponen, es necesaria la presencia de los trabajadores y de

sus partidos en la dirección de la vida política, esto es, desarrollar el socialismo en la democracia, ganando posiciones para los trabajadores y todas las fuerzas democráticas y antimonopolistas en los centros de decisión política y en las empresas nacionalizadas. Debilitar y derrotar los monopolios es la garantía para lograr un estadio de democracia avanzada como antesala para el socialismo. Democracia avanzada sin modificar las bases mismas del capitalismo y sin destruir el Estado burgués, de ahí el abandono de la dictadura del proletariado como fórmula dejada caer con el menor ruido posible, para usar una figura de Fernando Claudín.¹

Hay coincidencia en afirmar que el eurocomunismo es en buena medida resultado de la crisis general del capitalismo mundial iniciada al final de la década pasada. Por ello el punto de partida para el estudio del eurocomunismo es la crisis, ya que uno de los postulados centrales de esta corriente es la lucha contra una salida autoritaria y dictatorial de la crisis que repercutiría, con mayor fuerza y peso que ahora, sobre los trabajadores y particularmente sobre los jóvenes, las mujeres y los trabajadores extranjeros, según se lee en la conferencia de Berlín, antes citada.

Pero como la crisis que se refleja en el interior del Estado para los eurocomunistas, no es sólo económica sino también política, de acuerdo con su concepción muy particular, cabe la sugerencia de que el Estado, puede modificar su política económica respecto del capital monopolista, gracias a la inclusión de sus órganos de representación política de fuerzas y personas democráticas y antimonopolistas. La intención es que las organizaciones obreras y populares sean hegemónicas en el Estado y en la sociedad civil. En la lógica eurocomunista, por contraparte del autoritarismo como fórmula monopolista para una nueva fase expansiva del capitalismo, se vislumbra, para salir de la crisis, la ampliación y la profundización de la democracia tanto económica como política.

Tal democracia avanzada podrá ser posible en los países de alto desarrollo capitalista gracias a una lucha de gran envergadura de potentes movimientos de masas, que movilicen en torno a la clase obrera a la mayoría del pueblo.² Estas movilizaciones concebidas en el marco del sufragio universal, directo y proporcional, bajo la existencia de instituciones democráticas plenamente representativas de la soberanía popular, habrán de garantizar el acceso de las clases trabajadoras a la dirección del Estado.³

Basta esta síntesis, que no por esquemática deja de ser objetiva, para hacer ahora referencia al caso mexicano. De manera semejante a los eurocomunistas, el Partido Comunista Mexicano parte de la circunstancia de la crisis. Así, el primer punto del orden del día del XVIII Congreso Nacional del PCM, (mayo de 1977) fue sobre la posición de este partido

¹ Fernando Claudín, *Eurocomunismo y socialismo*, México, Siglo XXI Eds., p. 58.

² Declaración conjunta del Partido Comunista Francés (PCF) y del Partido Comunista Italiano (PCI) en Roma, noviembre de 1975.

³ *Idem.*

frente a lo que llamó la crisis actual. En el informe del comité central⁴ se lee que la crisis es económica y social, de carácter estructural y de origen interno, producto de una política desarrollista de los gobiernos mexicanos desde 1946, aproximadamente, hasta la fecha. Se añade que dicha crisis se ha agudizado por la influencia de la crisis del capitalismo general.

Veamos las implicaciones de tal caracterización de la crisis. En principio no coincide el planteamiento con el de los eurocomunistas. Recuérdese que para éstos se trata de una crisis general del sistema capitalista con modalidades distintas en varios países, y que corresponde a la fase del capitalismo monopolista de Estado. En segundo término, salta a la vista que una crisis estructural, al ser considerada de origen interno, sugiere una especie de aislamiento del país del sistema capitalista en su conjunto. Peor aún, al afirmarse que esta crisis es producto de una política desarrollista de los gobiernos mexicanos, se soslaya la repercusión que las diferentes crisis del capitalismo han tenido en nuestro país. En esta lógica bastaría modificar la política económica del gobierno mexicano para evitar la crisis, y como más adelante veremos, tal interpretación tendrá un profundo significado.

Cierto es que al gobierno posrevolucionario mexicano le debemos la implantación del modelo desarrollista de acumulación sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, pero de aquí no puede desprenderse que este modelo haya sido resultado de una mera decisión política pergeñada por el gobernante en turno.

A partir del gobierno alemanista (1946-1952), señala el PCM, la gran burguesía comenzó a afirmar su hegemonía transformando al Estado en soporte e impulsor del desarrollo de los monopolios privados. Aquí el Estado, por la acción de la gran burguesía, se convierte en una entidad al servicio de los monopolios, y con su acción desarrollista provoca la crisis estructural. Estamos en presencia de un nuevo elemento: los monopolios. Si éstos han determinado la política económica del Estado postalemanista, entonces en realidad son ellos los que provocan la crisis.

En otros términos, como ya se dijo, si la causa de la crisis es la política del Estado, para salir de la crisis bastaría cambiar esa política. Pero si la causa de la crisis está en los monopolios, entonces bastaría destruirlos para evitar la crisis. En ambos casos nos encontramos ante un problema falso, que es el siguiente: la crisis no es resultado del sistema capitalista de producción sino del dominio de los monopolios o de una política económica estatal determinada. En el primer caso el antagonismo capital-trabajo pretende convertirse en una lucha del trabajo contra el capital monopolista; en el segundo, en una lucha contra una política estatal, no contra el Estado.

En este mismo orden de ideas el PCM señala en sus documentos⁵ que

⁴ Informe del Comité Central del PCM en su XVIII Congreso Nacional en mayo de 1977, Ediciones de Cultura Popular o Revista *Socialismo*, 1977, México, pp. 8-11.

⁵ Véase la página 11 del informe citado.

en los años sesenta el país comenzó a entrar de lleno en la fase monopolista, con lo que se generó la tendencia hacia el capitalismo monopolista de Estado, definida por el propio PCM como aquella en la cual "los monopolios establecen su hegemonía sobre todas las ramas de la economía incluso las no monopolizadas, en las que la burguesía monopolista se une al Estado para salvaguardar al capitalismo y preservar las ganancias monopolísticas".

Así, en la actualidad, según el PCM, México se encuentra desde la década pasada, pero particularmente desde el gobierno de Echeverría (1970-1976), en los comienzos de la fase del capitalismo monopolista de Estado. "Proceso objetivo determinado por el nivel del desarrollo del capitalismo mexicano." ⁶

Por la naturaleza de su política, señala el PCM, el Estado mexicano representa los intereses de toda la burguesía, pero en esa política influyen cada vez más los monopolios que, en el interior del Estado, se debaten en una pugna por la hegemonía con otras tendencias de la clase dominante. De este modo, continúa el PCM, en el seno del Estado, aparte de las diferencias entre estas tendencias existen las pugnas y las diferencias entre la burocracia política y la oligarquía financiera (monopolista). De aquí el PCM desprende que de tales diferencias dependen las opciones represivas o relativamente democráticas para salir de la crisis.

En otras palabras, la clase dominante se encuentra dividida en capital monopolista y en capital no monopolista. Por la naturaleza de su política el Estado mexicano representa los intereses de toda la burguesía —señala el PCM— pero, añade, hay facciones de la burocracia política que representan al capital monopolista y otras que representan al capital no monopolista. Por ello en la página 67 del documento citado, el PCM afirma, y con razón, que el gobierno no es un simple instrumento de la burguesía monopolista. Mas si la crisis fuera producto de la influencia de esta burguesía en el Estado, para salir de ella habría que establecer una alianza de los trabajadores con la pequeña y mediana burguesías, azotadas por los monopolios, y orientar la política estatal en contra del gran capital.

Si a todo esto agregamos que por herencia de la revolución existe una supuesta burocracia política democrática y nacionalista que se manifiesta como un sector en el interior del Estado, y que tiene según el partido comunista pugnas y diferencias con la oligarquía financiera en el proyecto antimonopolista del partido comunista, dicho sector sería también un aliado para salir de la crisis en una opción relativamente democrática. Sería un aliado porque, según el PCM, aunque su objetivo central sea prolongar su larga hegemonía sobre el resto de la sociedad, ⁷ intenta fortalecer la independencia relativa del Estado respecto a los monopolios privados.

Si la salida de la crisis en la opción del capital monopolista fuera re-

⁶ *Op. cit.*, p. 15.

⁷ *Ibid.*, p. 16.

presiva, como afirma el PCM, para evitar esta consecuencia se plantea, en términos de *real politik*, el apoyo a las fuerzas antimonopolistas, sean éstas parte del capital o de la burocracia política.

Como el capitalismo monopolista de Estado no es todavía una realidad acabada en México, pero sí es una alternativa burguesa para salir de la crisis (con lo que se difiere de los eurocomunistas puesto que para éstos se trata precisamente de la crisis del capitalismo monopolista de Estado, CME), el PCM propone un movimiento antimonopolista fuerte que podría impulsar a la facción de la burocracia política, que pretende fortalecer la independencia relativa del Estado respecto a los monopolios privados, a una resistencia efectiva contra éstos. De aquí el PCM afirma que las salidas probables de la crisis de la estructura económico-social son el CME o la revolución democrática y socialista.

Por ello, propone la formación de un gobierno constituido por todas las fuerzas antimonopolistas y antimperialistas que abra nuevos cauces al desarrollo social y que prepare las condiciones para el establecimiento del socialismo avanzado que pueda sacar al país de la crisis estructural, fortalecer la soberanía nacional y defender los intereses de los obreros, campesinos y empleados, de la voracidad de los monopolios.

Éste no es un programa socialista, señala el PCM, ni lo puede aplicar el actual gobierno. Y añade: "la salida democrática de la crisis estructural y política sólo puede tener lugar si se producen cambios importantes en la correlación de fuerzas y en el aparato del Estado, es decir, si en lugar del bloque gobernante actual se forma una conjunción de fuerzas de tal magnitud que pudiera conducir a la integración de un gobierno representativo de las fuerzas antioligárquicas, antiimperialistas y democráticas, en el que intervinieran por primera vez los representantes de la clase obrera, así como de los campesinos y la pequeña y mediana burguesía urbanas. Esto no sería, desde luego, un gobierno socialista, sino un gobierno democrático avanzado, en el que se mantendría la lucha por la hegemonía en condiciones nuevas, con la presencia de una clase obrera empeñada en desenvolver el proceso hasta el triunfo de la revolución democrática y socialista".⁸

En la lógica del partido comunista hay una serie de sutiles contradicciones. Por un lado, la crisis estructural es de origen interno y producto de la política económica del Estado aunque influida por la crisis del sistema capitalista. Por otro lado, el país ha entrado ya a la fase del CME, que se ha visto obstaculizado por

la dependencia de México respecto del imperialismo norteamericano, el atraso de la agricultura, el hecho de que surge en una época de agudización de la crisis del sistema capitalista e incluso [por] las características específicas del Estado mexicano y del bloque de fuerzas en el poder.⁹

⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹ *Ibid.*, p. 13.

Si para el PCM la salida de la crisis mediante el afianzamiento del CME representa una opción represiva, su alternativa es la lucha contra tal afianzamiento. Para ello es menester combatir con una alianza popular al capital monopolista. Si éste por su influencia sobre el gobierno, ha provocado la crisis estructural de origen interno en México, y es, como ha sido demostrado por las mismas informaciones oficiales, mayoritariamente transnacional, es decir imperialista, ¿cómo podría explicarse que la dependencia de México respecto del imperialismo sea un obstáculo para el desarrollo y afianzamiento del CME? Más bien, la dinámica del capitalismo en México —como el PCM afirma en el inciso tres de su Resolución del XVIII Congreso sobre el primer punto del orden del día— continúa avanzando hacia el capitalismo monopolista de Estado, es decir, de acuerdo con su propia definición, hacia la unión cada vez más estrecha entre la burguesía monopolista y el Estado para salvaguardar al capitalismo y preservar las ganancias monopólicas.

En este esquema el PCM plantea el cambio de la correlación de fuerzas en el interior del Estado —un gobierno formado por todas las fuerzas anti-monopolistas y antiimperialistas,¹⁰ que sea capaz de interrumpir el desarrollo del CME y abrirle paso a una salida democrática, es decir, la revolución democrática y socialista puesto que, “desde el punto de vista estratégico, sólo existe una alternativa al capitalismo monopolista de Estado: la revolución democrática y socialista”.¹¹

Lo decisivo hoy, señala el PCM “consiste en resolver la crisis actual en favor de las grandes masas, para aliviarles los sufrimientos que lleva implícitos la hegemonía de los monopolios sobre toda la sociedad...”, aunque “jamás abandonaremos nuestro objetivo socialista”, aclara.

Así, resulta curioso que el PCM intente detener el desarrollo del CME al mismo tiempo que aspira a resolver la crisis por la vía democrática y anti-monopolista, se sabe —como lo afirma categóricamente en la página 27 del documento citado— que el CME es una etapa superior del capitalismo, la última, después de la cual, añade, únicamente se encuentra el socialismo.

Este desfase que ha venido evidenciando el PCM respecto a los eurocomunistas queda superado en un solo párrafo, que cito a continuación: “el proletariado debe esforzarse por interrumpir la vía hacia el predominio de los monopolios... pero aun en el caso de que esta opción no contara con la fuerza suficiente para triunfar, aun en el caso de que el proletariado tenga que colocar su lucha en el terreno del capitalismo monopolista de Estado [es decir que no evite o impida su desarrollo acabado], la única forma de prepararse para ello es desplegando su acción antimonopolista desde hoy”.¹² Si había duda sobre el carácter eurocomunista del PCM, podemos afirmar que ésta se despeja.

¹⁰ *Ibid.*, p. 9.

¹¹ *Ibid.*, p. 17.

¹² *Ibid.*, pp. 27, 28.

La lucha del PCM por el socialismo —de acuerdo con la articulación de sus declaraciones— se convierte en mera retórica. Con el argumento de que el dilema al que se enfrenta el país actualmente no es el del capitalismo o socialismo, propone un programa económico que, afirma, no es un programa socialista, sino la respuesta democrática inmediata al fortalecimiento del capital monopolista y a una política que favorece a la gran burguesía. Para la plena realización de este programa no socialista, pero tampoco anticapitalista, añadimos, es necesario un gobierno democrático en el que participen representantes de las más diversas clases y sectores sociales, interesados en impedir el predominio monopolista, es decir, avanzar hacia el establecimiento de un gobierno de “amplia coalición democrática”.

En síntesis, el partido comunista se propone enfáticamente la lucha contra los monopolios y no contra el capital, sino sólo contra una facción de éste. No se propone la destrucción del Estado burgués sino cambios en la política del gobierno. En sustitución de la tesis de la dictadura del proletariado, de la que todavía hablaba en el XVI Congreso (1973), plantea la democracia avanzada.

El programa de una profunda transformación democrática —señala el PCM—, debe contener una salida progresista para los problemas de todos los sectores afectados por el creciente dominio de los monopolios en la economía, la vida social, la cultura y la política. Debe contener todas las medidas necesarias para la lucha contra la crisis y los efectos de ésta sobre las masas trabajadoras. Debe señalar alternativas democráticas concretas para el desarrollo de las fuerzas productivas por un camino monopolista, ofrecer salidas a los grupos políticos ligados al Estado, que están siendo desplazados por la ofensiva de la burguesía monopolista.

Para avanzar en la elaboración de un programa de ese tipo —continúa el PCM— es necesario enriquecer el estudio y la discusión que se ha estado desarrollando en nuestras filas sobre la crisis de estructura, el capitalismo monopolista de Estado, las salidas democráticas a los problemas económicos y políticos del país.

Debo decir que no en todo estoy en desacuerdo con el PCM. Coincido plenamente cuando afirma que “existen muchos aspectos que requieren todavía de un gran esfuerzo de elaboración teórica”.

Mi preocupación fundamental se centra en la certidumbre de que este partido representa hoy la fuerza de izquierda más importante como partido registrado en el espectro político del país. Porque las corrientes de profesionales e intelectuales (con honrosas excepciones, entre las que destaca la de Pablo González Casanova) defensores de la acción en los marcos de lo que llaman “lo posible”, que utilizan sin decirlo los mismos argumentos del eurocomunismo pero sin proponerse al socialismo como objetivo, no preocupan demasiado pese a la influencia que tienen en los medios llamados ilustrados. Aunque su discurso es más sofisticado que el de los

eurocomunistas mexicanos, sus propósitos son más obvios, transparentes de hecho; son intelectuales del sistema, con la diferencia, respecto de los grupos hegemónicos en el Estado, de que su proyecto es democrático, basado en un cambio en la correlación de fuerzas en su interior gracias al fortalecimiento de la ya casi inexistente facción democrática y nacionalista de la burocracia política por la alianza con los sectores populares antiimperialistas y antimonopolistas. Esto es, la lucha por la hegemonía de aquella parte de la burocracia que se halla cada vez más entrelazada con la oligarquía, intenta —sigo citando al PCM— “fortalecer la independencia relativa del Estado respecto de los monopolios privados, con el objetivo central de prolongar su larga hegemonía sobre la parte mayoritaria de los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y el grueso de la clase burguesa”.¹³

Se afirma con razón que en épocas de crisis, cuando la tendencia en la lucha de clases es hacia su agudización, la clase dominante auspicia proposiciones reformistas articuladas tanto en el seno del sistema de partidos como en el de las organizaciones de izquierda socialista, para desviar a los trabajadores hacia fórmulas no sólo absorbibles por el sistema sino de fortalecimiento del mismo.

La más obvia de estas estratagemas es aquella que presenta un enemigo, o un conjunto de enemigos, no sólo de los trabajadores sino de amplios sectores de la población, de preferencia enemigos externos a la nación. En países como el nuestro uno de los enemigos más socorridos para este propósito es el imperialismo. Existe, es cierto, pero si por muchos años fue externo ya no lo es ahora de manera exclusiva. Empero, manejarlo como tal facilita el argumento de la unidad nacional para la defensa de la soberanía del país respecto de las agresiones de ese enemigo externo.

No parece casual que el partido del gobierno mexicano, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), precisamente uno de los aparatos más importantes del que se ha valido el Estado mexicano por décadas para controlar y mediatizar a los trabajadores del país, haya resuelto en su última asamblea, después de una reunión con 22 partidos del ala derecha de la socialdemocracia latinoamericana, que la estrategia a seguir en el país es la lucha contra el imperialismo, contra el capital monopolista, y por la democracia en una alianza de los trabajadores con el Estado. No propuso el socialismo como objetivo, pero sí con términos semejantes, la democracia avanzada y la retórica justicia social. En esto consistió la adecuación del PRI a la situación de crisis estructural y política por la que atraviesa el capitalismo en México.

Estos planteamientos corren paralelos a una política económica del Estado, que por lo que se refiere al desarrollo industrial, agrícola y comercial favorece ostensiblemente al capital transnacional que determina nuestra economía en cerca del 80%, según declaraciones de algunos miembros destacados de la burocracia política mexicana.

¹³ *Ibid.*, p. 16.

Estos planteamientos corren paralelos a una política económica del Estado que, por lo que se refiere al desarrollo industrial, agrícola y comercial favorece ostensiblemente al capital transnacional que determina nuestra economía en cerca del 80%, según declaraciones de algunos miembros destacados de la burocracia política mexicana.

Mas la estrategia estatal, sin duda muy atenta a las condiciones de la lucha de clases en el país, no se ha detenido en los propios límites de su partido político, sino que ha sido ampliada al seno mismo de las organizaciones de trabajadores que por décadas han venido controlando de manera semicorporativa sus dirigentes en una sucesión de políticas que se mueven entre el terror, la represión y el asesinato, y las prebendas políticas y económicas. Me refiero a lo que ahora, y desde 1966, se conoce como el Congreso del Trabajo.

Así, los dirigentes de esta organización, techo de las principales agrupaciones sindicales del país, han hecho declaraciones recientes en el sentido del PRI, con algunas adiciones que en otras circunstancias hubieran sorprendido a los mismos trabajadores.

A partir de la consideración de que la crisis, sufrida por los trabajadores más que por ningún otro sector de la población, es estructural, los dirigentes obreros se proponen luchar por un cambio de las estructuras. Este cambio habría de darse fortaleciendo la alianza del Estado con los trabajadores y con todas las fuerzas antiimperialistas, antimonopolistas, democráticas y nacionalistas; y a diferencia del Partido Comunista Mexicano y de otras organizaciones de la izquierda socialista, se soslaya en todo momento la necesidad de la autonomía de las organizaciones de los trabajadores respecto del Estado.

En esta lógica, los llamados a llevar hasta sus últimas consecuencias los postulados del eurocomunismo serían los dirigentes del Congreso del Trabajo y del partido gubernamental, puesto que son ellos los que cuentan con las fuerzas de masas potentes y de gran envergadura, condición para la democracia avanzada que se lee en la declaración conjunta del PCF y del PCI en Roma. Mientras que, como bien señala el PCM en la página 33 de su multicitado documento, "la influencia de los partidos de izquierda se desarrolló aisladamente, sin la necesaria coordinación de esfuerzos".

El hecho de que el PRI y el Congreso del Trabajo se planteen la estrategia reseñada no nos asombra, están en su papel y son coherentes, particularmente el Congreso del Trabajo por lo que se refiere a viejos postulados. Habría de recordarse que en la declaración de principios del Congreso del Trabajo de hace tres años, es decir desde su fundación, se afirma luchar por el socialismo; sí por el socialismo, pero sin abolir la propiedad privada de los medios de producción, declaración coincidente con la de la CTM también al fundarse, en 1936. ¿Cómo deslindarán el Partido Comunista Mexicano y organizaciones políticas afines sus planteamientos estratégicos de los sostenidos por los aparatos políticos del Estado?

Quizá la aparente izquierdización del PRI obligará a los partidos de izquierda reformista a definirse como revolucionarios, a distinguirse en

declaraciones y en actos del verdadero partido de la clase dominante en México, que es el PRI. Pero el riesgo existe, como en los tiempos del frente popular, de que estos partidos de izquierda se subordinen otra vez al predominio del partido gubernamental cuya función —declaraciones aparte— no ha cambiado ni puede modificarse mientras siga siendo un apéndice, un instrumento del Estado.

Es mi opinión, como la he expresado en otra parte, que para la izquierda con pretensiones revolucionarias las sutilezas y los matices son obligados. Por un lado, luchar por la unidad de los trabajadores pero con autonomía respecto del Estado y obviamente de la burguesía. Por otro lado, precisar pedagógicamente —valga el término— contra qué es la lucha de los trabajadores si al mismo tiempo se les está ofreciendo como objetivo el socialismo como condición *sine qua non* de su liberación. Sin tales sutilezas tanto la estrategia como las tácticas carecerán de apoyo, de efectividad.

Los tiempos han cambiado. Ni el capital tiene las mismas características de la última preguerra mundial, ni el Estado mexicano la autonomía relativa de tipo bonapartista, de aquellos tiempos. Todavía en el cardenismo el Estado, aunque suscribía un proyecto capitalista de desarrollo, no representaba directamente los intereses del capital; el imperialismo era fundamentalmente externo y por lo tanto era legítima la lucha entre la nación y el imperio —aunque no por ello tenía que haberse abandonado el enfrentamiento contra el capital nacional. Pero ahora el imperialismo es capital transnacional metido hasta el fondo de nuestra economía. El Estado, pese a sus diferencias con ciertas facciones del capital, lo defiende y lo garantiza como clase social en conjunto. De aquí que el Estado, a través del PRI y en ocasiones del mismo gobierno, fomente el antiimperialismo como táctica de alianza subordinada de los trabajadores.

La opción inmediata de los trabajadores está en su unidad, autónoma y democrática. El papel de los partidos que pretenden representarlos para la lucha por sus demandas históricas comienza por esta opción, pero no termina ahí. La alternativa del capital, monopolista o no, es aumentar la presión sobre el Estado para que éste garantice mejor sus intereses tanto en el terreno de las prebendas económicas como en el del control del obrero. El Estado, finalmente, como Estado burgués que es, se mueve en límites cada vez más estrechos pues aunque la burocracia o parte de ella quisiera otra cosa, su función no puede ser modificada toda vez que su fuerza ha disminuido en comparación con la que tuvo desde el triunfo de la revolución hasta los días de la expropiación petrolera.

No criticamos a los eurocomunistas ni a las corrientes afines, su lucha por la democracia. Estamos con ella. Pero éste no es el punto de discusión, sino más bien que la lucha se plantee contra los monopolios y no contra el capital, de cuya destrucción depende dialécticamente la del Estado burgués. Éste es el punto. Con Debray (Carta a los comunistas fran-

ceses) termino: "La idea de una revolución pacífica, gradual y progresiva que postula la acción sin reacción, una clase obrera ajena a una clase burguesa, socialismo sin tomar en cuenta a los capitalistas y victoria sin lucha, pertenece a una especie muerta de idealismo. No es el más mesurado quien ha provocado el menor número de víctimas en la historia: veinte mil chilenos pagaron con sus vidas por los escrúpulos de un corazón noble, y por el pacifismo de un gran partido democrático".